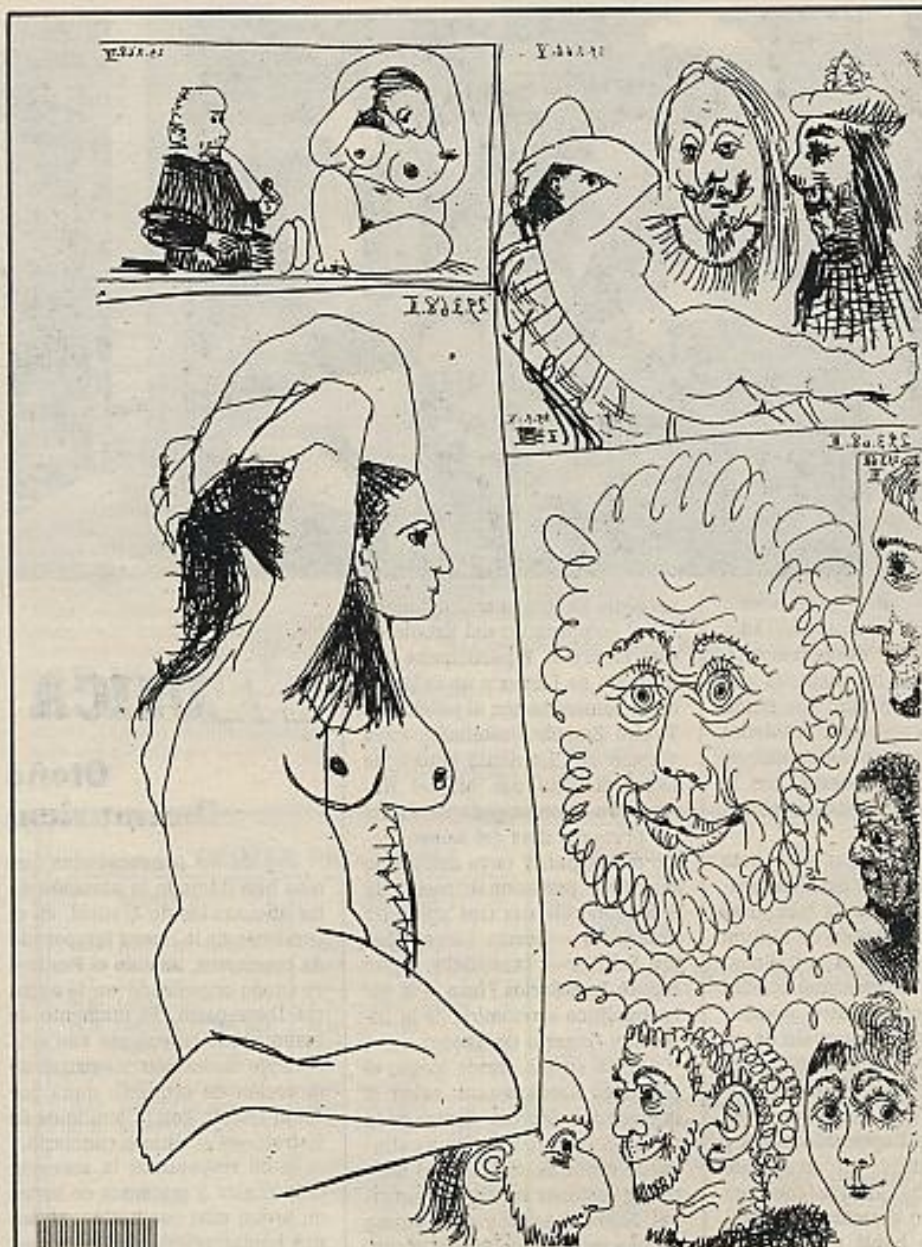


expectativas que han generalizado, bien la práctica de los grandes especialistas del pasado, bien la proximidad wagneriana; aun así, expone con claridad el fruto de un pensamiento musical fuera de serie, aunque lastrado por servidumbres acaso innecesarias. El tercer concierto de los parisienses, por cansancio de ellos o mío, me pareció el de peores resultados. "El mar", de Debussy, salió denso y oscuro, como descrito por un buzo, y la Novena de Schubert, aun llevada por ese camino de apasionamiento cuyos mejores pasos diera Szell, dejó la sensación de una oficiosidad tal vez inevitable, en concierto, para que llegue a su fin una obra que parece difícil que lo alcance de cualquier forma.

Ravi Shankar —nota exótica sobre el papel, aunque en la práctica lo sea menos que Leonhardt, Brüggén o los contrabajos— no se acuerda ya para nada de sus apariciones superestelares en multitudinarias concentraciones de niños floridos. Ni las menciona siquiera en su curriculum, donde, en cambio, sí aparecen los nombres de Rampal y Menuhin; sólo hay pista de ellas en el uso de amplificación. Salvado todo eso, por Shankar casi no pasan los años, y el sitar, pese a tanto mal uso, conserva intacto su poder de fascinación, esa cualidad sonora que conecta con el espíritu como sólo ciertas voces humanas pueden hacerlo. A fin de cuentas, Shankar graba ahora con Deutsche Grammophon, y le van más las audiencias "serias": éstas tosen con él como con todos, pero por lo menos tienen la excusa del sándalo; de otro lado, no se equivocan aplaudiéndole cuando afina, y la costumbre les inclina más a respetar que en sus conciertos esté prohibido fumar, aunque sea tabaco.

Que se pueda hablar, discutir y hasta ironizar sobre estos nombres y estos programas es, en definitiva, el éxito de Ibermúsica. Hay demanda para estos lujos, y bien está para satisfacer la iniciativa privada. A otras entidades corresponden trabajos más básicos de difusión, mantenimiento de actividades y repertorios, y creación de posibilidades profesionales. Ahora que, desde mi insobornable egoísmo, tampoco veo mal que de vez en cuando traigan a Celibidache o a Pollini. ■ JOSE RAMON RUBIO.



ARTE Picasso, grabador y litógrafo

Pocas veces pueden contemplarse reunidos ciento cincuenta grabados y litografías de Pablo Picasso, en una galería comercial como si se tratase de una exposición itinerante por los museos del mundo. Esa oportunidad nos la da hoy en Madrid (O'Donnell, 29) una nueva galería, dirigida por Carmen Bore, hija del célebre pintor amigo de Picasso. La vasta producción gráfica de Picasso está aquí representada con toda su ciclópica variedad, expuesta con esa misma desmesura que caracterizó la obra de nuestro genial artista. Desde el apasionado y apasionante retrato de Luis de Góngora, poeta del exceso metafórico, y símbolo secreto de su magia, hasta los ilimitados grabados eróticos —que en esta exposición no rebasan nunca la moderación que Picasso se saltó en muchísimos dibujos—, pasando por los apacibles perfiles de Jacqueline o los catatónicos bodegones, siempre la vigorosa mano de la verdad del arte. Picasso amó grabar, como amó la cerámica, el pastel, los grandes formatos, la desbordada dedicación de sus libros.

Era pintor sin descanso, y sus ojos y sus manos sólo existían en función de su obra, y de esa laboriosa furia esta exposición es testimonio. Hay aguafuertes fechados en 1932, litografías de las décadas del cuarenta, cincuenta y sesenta, para acabar con una nutrida serie de aguafuertes de 1968, todas provenientes de la galería Louise Leiris de París, la casa que representa los intereses de Picasso desde hace muchos años con un rigor ejemplar. La curiosidad morbosa del que esto escribe le empujó a interrogar acerca de los precios, que comienzan en las doscientas mil y acaban en el millón de pesetas, precios que no parecían asustar a los coleccionistas españoles, que tarde, pero generosamente, se entregaban a la adquisición de ese Picasso tan carismático en el arte moderno. Libros enteros, bibliografías cuantiosas, existen y quieren explicar este fenómeno de la pintura de nuestro tiempo. A los peatones de este mundo nos queda la gozosa contemplación y la esperanza del permanente asombro. ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.